


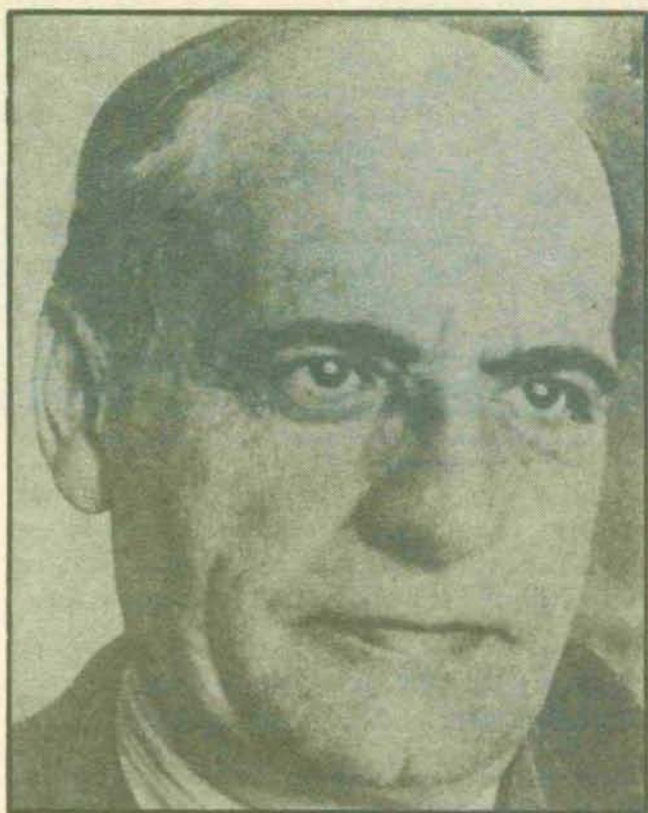
Indalecio Prieto

1883-1962

José Miguel
Naveros

A black and white portrait of Indalecio Prieto, a middle-aged man with a serious expression, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. He is looking slightly to the right of the camera.

PUEDE deshojarse la vida de Indalecio Prieto y Tuero siguiendo la línea de los años, cronológicamente, o siguiéndole en cualquier momento de su actividad política, periodística o humana. La anchura del personaje —no nos referimos a la física, de elevados kilos ágiles de movimientos— es tal que nos da su dimensión psicológica día a día y hora a hora. Está siempre en acción y en su vida no hay lagunas de descanso. Cuando no escribe hace política y cuando le toca parar para reparar fuerzas se agita viviendo ese descanso. Es una convulsión todo él y no repara en gastar energías ni seguir ningún método. Se compromete en todo y con todo se apasiona. A la amistad no le pone limitaciones y se entregó a ella con pasión y desinterés sin miramientos sociales. Y si tuvo que rectificar errores lo hizo sin limitaciones de ningún género.



José Ortega y Gasset (1883-1955).

QUE gran cinta de medir tuvo para los hombres, igual daba que fueran de su ideología que de la contraria! Claro que siempre miraba y se detenía en el valor humano de la persona. En el artículo «El cerco de la fe», publicado el 27 de febrero de 1957 (1), nos habla de una madre, Cecilia Gallarzagoitia, que «venía de recorrer tierras por las que anduvo Francisco de Javier y donde las mercedarias de Bérriz tienen misiones: conforme pronto puede comprobar, era una mujer excepcional, dotada de gran inteligencia, de espíritu finísimo y de voluntad dominadora». La conoció Prieto en el «Normandie» y a través de Ricardo Bastida, gran amigo suyo, católico, y al cual parecía imposible igualarle en bondad. De ahí que el líder socialista —al que se le odió tanto como se le admiró, cogió los dos polos— escriba con anchura de espíritu:

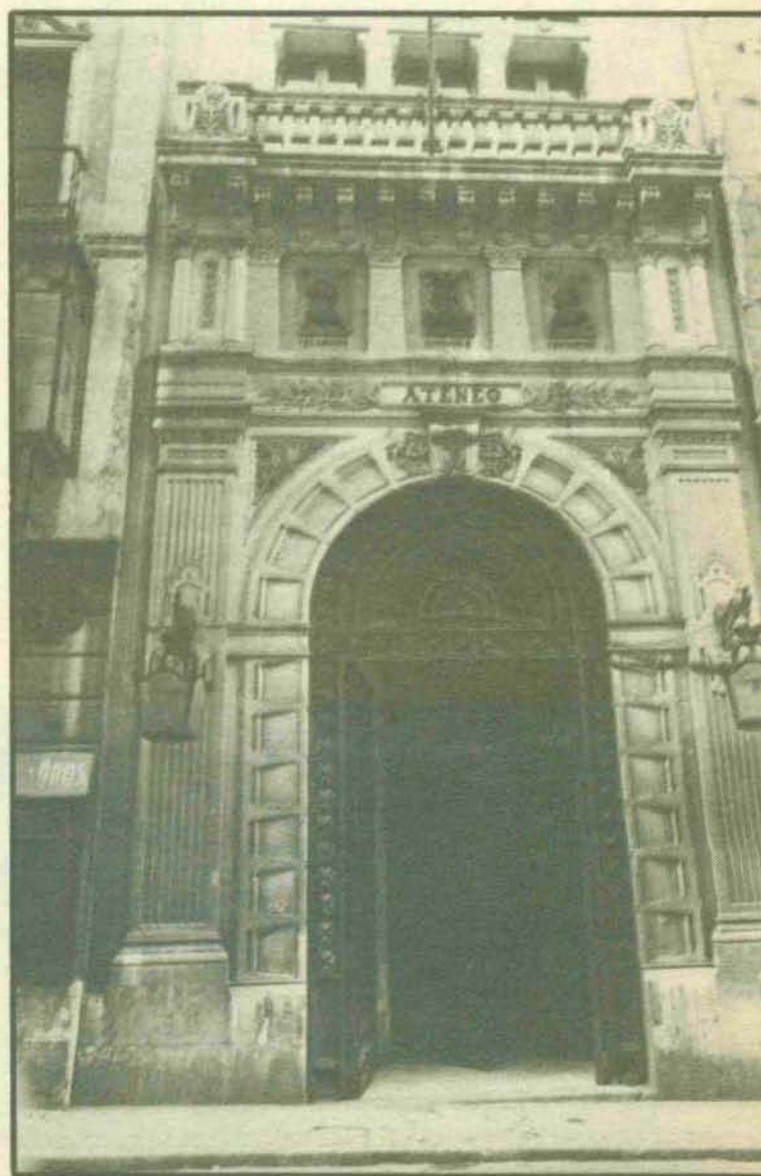
«Es impropio de imbéciles no reconocer en campos opuestos al nuestro altas jerarquías».

Y termina el artículo citado, que llevaba también el subtítulo «Catequismo»:

«Hoy me están vedados todos los sepulcros de España. Si alguna vez tengo acceso a ellos, iré a depositar ramos de flores sobre algunos.

Los que elija para mi ofrenda no pertenecerán exclusivamente a personas de izquierdas. Constituiría ingratitud e injusticia grandes de mi parte no visitar el del nobilísimo caballero católico don Ricardo Bastida. Tampoco olvidaría el de la madre Cecilia Gallarzagoitia. Si el recinto dentro del cual se encuentra es inaccesible para mí, espero que alguna de sus discípulas no se nieguen a depositar en aquella tumba un ramo de claveles que yo le confie».

La misma sensibilidad que tiene Indalecio Prieto para estos dos muertos, alcanzó a tenerla, llevado de la mano del doctor Marañón, uno de sus grandes amigos, reconciliándose con Ortega y Gasset por el que no sentía gran simpatía, escribiendo su artículo «En desagravio - José Ortega y Gasset», al fallecer éste, donde con sinceridad decía:



Fachada del Ateneo madrileño.

(1) *Convulsiones de España III*. Ediciones «Oasis», S.A. México, 1969.



En el centro de la fotografía, Largo Caballero (sentado, presidiendo la mesa); detrás suyo, Prieto, Besteiro y Fernando de los Ríos, durante una reunión del Comité del Partido Socialista, en diciembre de 1933.

«Con la muerte de Ortega y Gasset, y por haber nacido ambos en 1883, he recibido la sensación de que ya estamos demás en este mundo cuantos somos de su edad, y al batiirse la rama más frondosa y bella del árbol que entonces comenzó a arraigar, los recuerdos de toda una época, sin duda la más trágica de España, se apelonan en mi magín. Si tomo la pluma no es con el propósito de resumirlos, sino para anotar algunos en relación con la ilustre personalidad desaparecida y consignar públicamente mi arrepentimiento por acritudes de que le hice objeto y las cuales me fueron perdonadas. Son, pues, de desagravio estos renglones míos» (2).

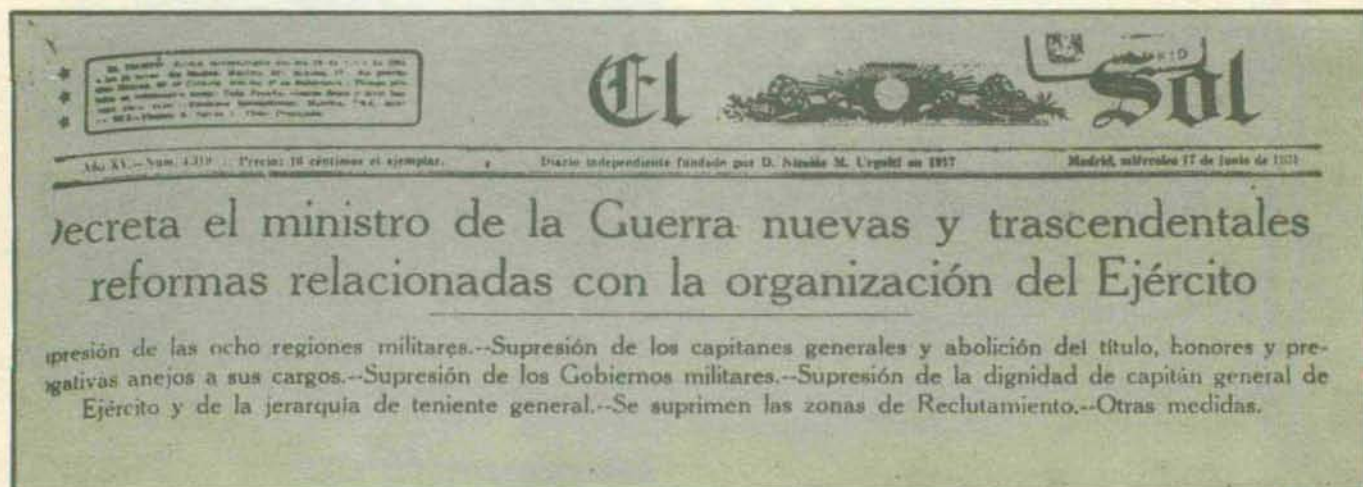
Observe cómo Indalecio Prieto («don Inda» para sus correlegionarios socialistas y para casi todos los españoles) no era ese león que se creían, o hicieron creer, sino un hombre lleno de humanidad, que en ocasiones tuvo que ser duro, o más que duro, dado el egoísmo y estrechez mental del zafio conservadurismo español. En la perspectiva de la

historia, regularmente, el ultra español lleva todavía en su mente y en el hueco de su corazón la llama sin apagar de la Inquisición.

LA DUREZA DEL POLITICO Y SU COMPROMISO CON LA VERDAD

Nació Indalecio Prieto en 1883 en la ciudad de Oviedo, y huérfano de padre muy niño, se debatió entre la miseria y la ignorancia. Pero ya desde sus primeros años aparece en él el afán de saber. A los ocho años, enero de 1891, se fue a vivir a Bilbao, ciudad que ya tuvo por suya, y nada más terminar los estudios primarios se puso a trabajar para «contribuir al menguado ingreso familiar» —nos dice— «y me dediqué a repartir entregas de folletines, que fue mi primera ocupación». Estudió taquígrafía con don Miguel Coloma y a los diecisiete años entró de taquígrafo en el diario «La Voz de Vizcaya». Con este puesto y afiliado al partido socialista desde abril de 1899, recibió la entrada del siglo XX ejerciendo su oficio. Oyó a través del hilo telefónico la algarabía que reinaba en Madrid, dado que el teléfono interurbano estaba ins-

(2) Artículo publicado el 9 de noviembre de 1955.



Cabecera del diario madrileño «El Sol», del 17 de junio de 1931.

talado en los bajos de la Equitativa —luego Banco Español de Crédito—, a unos metros de la Puerta del Sol madrileña. El tomó las noticias con destino al periódico de 1 de enero de 1900. Pasado los años escribió un artículo anecdótico titulado «Mi entrada en el siglo XX»:

«Entré en el siglo XX trabajando y al trabajo, que sigue siendo mi mayor consuelo, le dedico ahora, en la medida de mis escasas fuerzas, el mismo anhelo que por iniciativa de tres socialistas españoles plasmó el 31 de diciembre de 1899 en la Marsellesa de la Paz»... «¿Cuántas ilusiones se me han tronchado desde entonces, a lo largo de sesenta años? Su enumeración sería interminable. Desde luego, pese a tantos y tan sangrientos desengaños mantengo una: la de la paz universal» (3).

Estos párrafos agudos de Indalecio Prieto nos sitúan para verlo tal cual fue y cómo lo describe su coetáneo y compañero Santiago Arisnea Lecea, a quien el líder socialista encargó la recopilación de su obra esparcida en diarios y revistas de México y otros países de América y en el semanario «El Socialista», editado en Toulouse.

«El Prieto, socialista y político —dice Arisnea—, fue sagaz, tesonero, luchador infatigable en pos de su idea, exigente consigo mismo...». No dejó nunca de pelear y su voz se fundió tanto en la plaza pública como en los escaños parlamentarios. A Prieto se le temió porque no reparó en medios cuando se trataba de sacar a la luz la verdad.

Probando este hecho hay dos intervenciones de Prieto, una parlamentaria y otra en el Ateneo de Madrid, que retratan su carácter. La parlamentaria se refiere al reintegro solicitado por las empresas periodísticas para la adquisición de papel prensa costado por el Estado que, como decía el propio Prieto, «jamás habrían de reintegrar, el Estado costeará la enorme elevación en el precio del papel». Consiguió que la Comisión de Presupuestos rechazara la solicitud, de la que era miembro, y luego intervino en el Pleno. Su actitud le llevó a distanciarse de don Miguel Moya, con el que había trabajado en «El Liberal», de Bilbao, y a enfrentarse personalmente con don Torcuato Luca de Tena, senador vitalicio, que en virtud de la cortés reciprocidad entre ambas Cámaras, se sentó entre



Indalecio Prieto en una de sus actitudes oratorias.

los diputados de derechas, acaudillándolos y dedicándose a vociferar donde, por razones del cargo, estaba obligado a callar. Insultados los socialistas por éste, Prieto se levantó y lo abofeteó. El escándalo fue mayúsculo. Los periódicos le declararon el «boicot» a Prieto por su actitud sobre el «reintegro del papel prensa», recibiendo sus redactores en Cortes instrucciones de no citar su nombre. Como Prieto diría con sorna:

«La orden les servía algunas tardes a los informadores de completo descanso, por girar la sesión en torno a intervenciones mías. Pero las cosas habían cambiado y la prensa pudo cerciorarse de que, extinguida su antigua omnipotencia, no era ya capaz, ni toda junta, de matar políticamente a nadie».

Una mañana a principios de abril de 1923 recibió Indalecio Prieto en su domicilio de Madrid la imprevista visita del subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, don Alonso Agullón. Iba de parte del jefe del Gobierno, don Manuel García Prieto, y quería saber de los labios de Prieto si era cierto, como se decía por Madrid, que en su conferencia en el Ateneo pensaba atacar al rey.

Prieto ni afirmó ni negó que pensara hacerlo. Dependería del tono que diera a su discurso, porque él improvisaba sus parlamentos y, a veces, lo que no pensaba decir lo decía o al contrario. Total: le dio a entender a Gullón que no podía descartarse.

«Dos horas después —nos cuenta Prieto— el

(3) Artículo: «Hace sesenta años - Mi entrada en el siglo XX» (1 de febrero de 1961). Recogido De mi vida. Ediciones «El Sitio». México, 1965.



LOS HOMBRES DEL DIA

Santiago Alba y el general Primo de Rivera, caricatura de Fresno, publicada en el «ABC», de Madrid, del 13 de septiembre de 1923.

rey firmó un decreto disolviendo las Cortes. Desde aquel instante quedaba yo desposeído de la inmunidad parlamentaria al cesar como diputado. El juego estaba claro: se pretendía amenazarme, pues los ataques que yo dirigiera al monarca constituirían delito de lesa majestad, penado con ocho años de presidio. Pero en palacio, donde se discurrió la treta, no calcularon que esto iba a resultar contraproducente, porque yo no podía defraudar una expectación que con aquel decreto disolutorio había crecido de modo enorme. Desde la tribuna del Ateneo, enton-

CUENTO VIEJO REMOZADO, por Bagaria

Las derechas dicen que los disparos partieron de republicanos y socialistas. (De los periódicos)



EL MAESTRO.—¿Quién fué la que tiró las piedras?
LA NIÑA DE LA DERECHA.—Ella.
EL MAESTRO.—Entonces, ¿cómo es ella la herida?
LA NIÑA DE LA DERECHA.—Por fastidiarme.

Caricatura de Bagaria, alusiva a la situación política de los últimos meses que antecedieron al alzamiento de julio de 1936.

ces enteramente libre, me ensañé con Alfonso XIII».

«Concluido el acto —continúa Prieto— vino Bagaría a mi casa para hacerme una caricatura que en «El Sol» querían publicar con un extensísimo extracto de mi discurso. Tomó diversos apuntes y ninguno le satisfizo. "Es usted muy difícil", observó con disgusto. "Otros lo saben a estas horas mejor que usted", argüí. Luis recogió lápices, esfuminos, gomas de borrar y papeles para ir al periódico porque el tiempo se le echaba encima. "No sé qué voy a hacer —exclamó al marchar—, porque todos los apuntes son inaprovechables. No doy con la verdadera fisonomía de usted". "Pues diseñe la faz de un emperador romano que es lo mismo", le dije despidiéndole».

Al día siguiente «El Sol» daba la información teniendo en medio la caricatura. Había dibujado Bagaría una bomba de explosión con la mecha encendida y humeante. La bomba tenía los rasgos de un cráneo humano. ¿Quién podría negar que fuera el de don Inda?

A Prieto se le procesó por su discurso, pero, convocadas nuevas elecciones, volvió a salir diputado por Bilbao. La investidura parlamentaria invalidó el proceso. Estas Cortes fueron las últimas del reinado de don Alfonso XIII.

Elecciones en las que se dio la circunstancia que se presentó a diputado don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, siendo derrotado. Escribió el general Queipo de Llano sobre este fracaso de Primo de Rivera (4) que, considerando a don Santiago Alba causante de su derrota, «juró repetidas veces en público que se vengaría de todos los políticos, y principalmente del señor Alba; lo que andando el tiempo hubo de ser principal preocupación». ¿Pudo ser ésta la razón que le llevó al golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923? Creemos que no; lo que se proponía con el golpe de Primo fue hacer desaparecer el expediente Picasso. Eran muy serios los hechos recogidos en éste sobre el derrumbamiento de la Comandancia Militar de Melilla en 1921. Demasiadas responsabilidades y a niveles muy altos.

Dijo Prieto en un largo trabajo, «Marruecos - ABD-EL-KRIM»:

«Para frustrarlo —se refería al expediente Picasso— se sublevó en septiembre de 1923 el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, una "sublevación de real orden", según yo la denominé».

(4) El general Queipo de Llano perseguido por la dictadura. G. Queipo de Llano. Javier Morata. Madrid, 1930.

LA REPUBLICA: PRIETO, MINISTRO DE HACIENDA Y DE OBRAS PUBLICAS

Bilbao, ciudad de adopción de Prieto, le colocó en los primeros cargos públicos, diputado provincial y concejal, para luego tenerlo reiteradamente como representante en Cortes. Prieto supo corresponder a Bilbao con la fe depositada en él y honró con su presencia el Parlamento español. Su voz de tribuno resonó fuerte y convincente. Alcanzó, por su austeridad e independencia, sin dejar nunca la disciplina socialista, «odios africanos», aunque también la devoción de muchos. El don de su talento le granjeó no pocas envidias, y sus ideas avanzadas levantaron un gran temor. Pero él no miró nunca hacia atrás y caminó voluntario y resuelto. Sabía imponerse. Quizá el escepticismo le invadió no pocas veces, y los hechos le dieron la razón. Azaña no supo comprender la intuición de este hombre que se había hecho a guantazos con la vida. Mejor nos hubiera ido a todos atendiendo a su escepticismo. Escepticismo que decía Azaña le daba un «acento plebeyo». Naturalmente: la vida le había regalado poco, todo tuvo que conseguirlo él mismo, y vivió dentro de aquel Bilbao minero e industrial donde vio de todo.

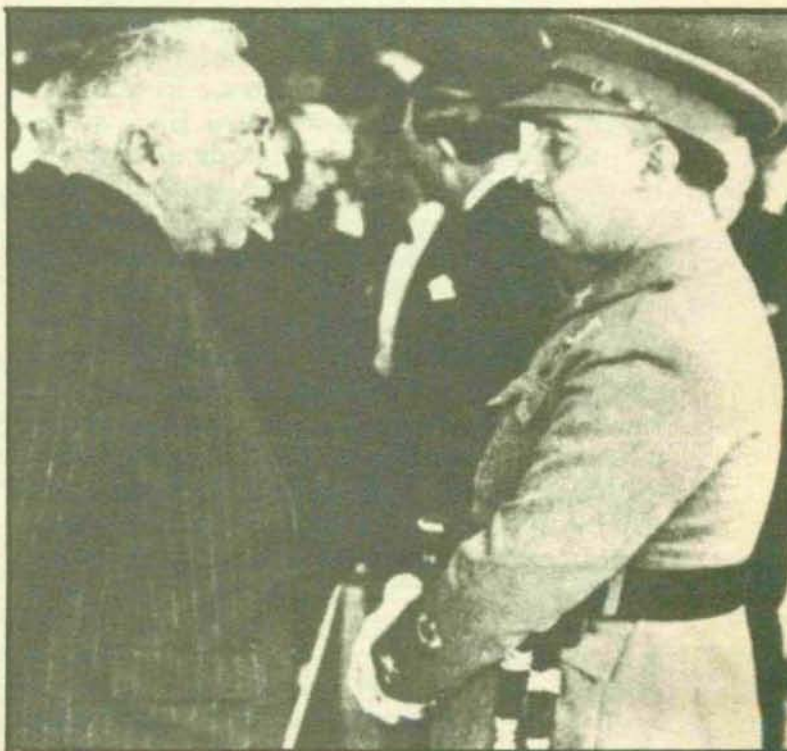
Ministro de Hacienda o de Obras Públicas —dos de los Ministerios más difíciles— no se vio como otros en una poltrona. Pero aquel talento en él innato y su voluntad de trabajo le empujaron a vencer las dificultades. Ricardo de la Cierva hace del Prieto ministro los elogios más encendidos: le sitúa en la triada de grandes ministros de Obras Públicas, pero no son de verdad dignos de acompañarle los dos ministros que pone a su lado (5). Este hombre, tan natural y sencillo en apariencia, tenía sello de **estadista**: «En cuanto cargo público ejerció, dejó de su paso huella imborrable y beneficiosa». No encontró en esto paralelo con otros ministros de la República, a excepción de la labor de Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo, de la que quedó un amplio cuadro de leyes laborales.

En política, gobernando, hay que «arrancar» gradualmente proyectos y obras. Prieto actuó dentro de las necesidades del momento con justeza y tino. Era la manera de actuar de un socialista, aunque no pudiera hacerlo plenamente. Indalecio Prieto era finamente inteligente y valoraba en su realidad el mo-

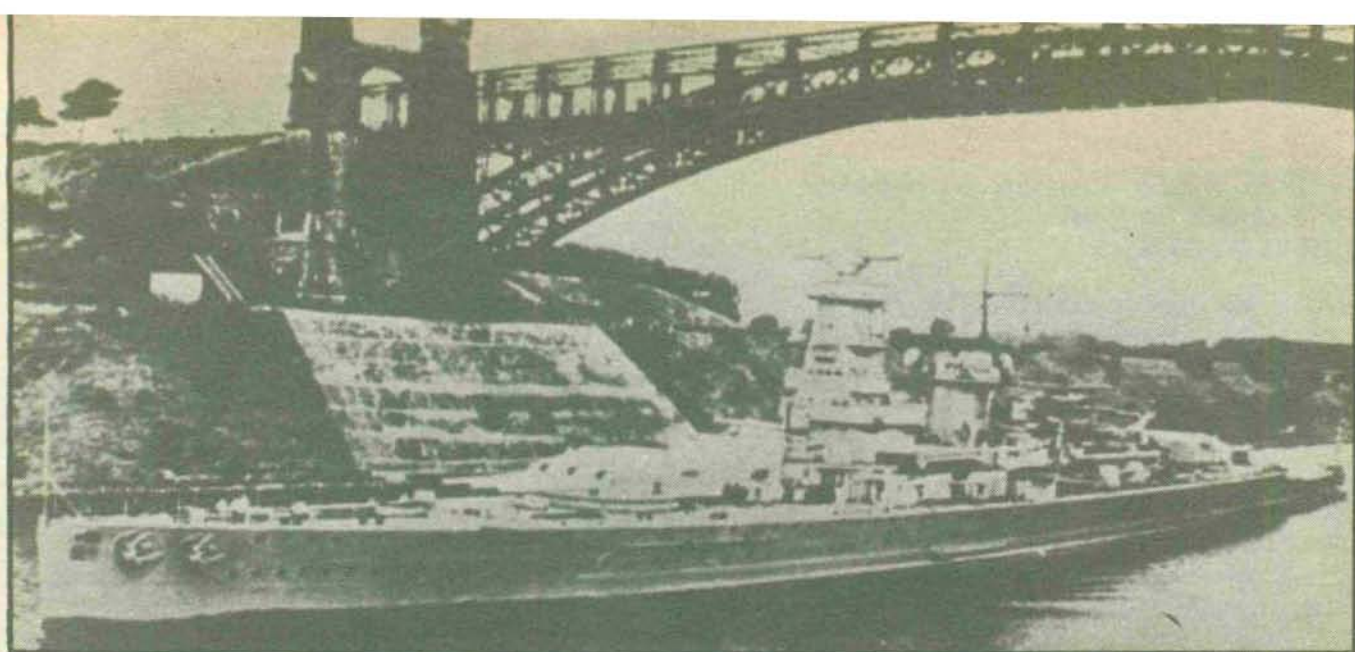
(5) *Guadalhorce y Silva Muñoz. Periódico «El Alcazar», 9 marzo 1970.*



Antonio Maum en compañía del obispo de Madrid-Alcalá, durante una ceremonia oficial, durante los últimos años de la Monarquía de D. Alfonso XIII.



El presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, en compañía del general Franco, a finales de 1935.



El acorazado alemán «Deutschland», en aguas de Ibiza, durante la guerra civil española.

mento político en que se vivía. Pero ni esta ni otras prudencias evitaron a la República el odio de la extrema derecha española y el privilegio de ciertas castas. Algo que había muerto en la Europa de Occidente con la guerra del 14.

El hecho de esta intransigencia de nuestro conservadurismo no era nuevo. ¿Es que en el 1918, como consecuencia de las Juntas Militares de Defensa, no tuvo don Antonio Maura que troquelar una de sus grandes frases: «que gobiernen los que no dejan gobernar»? Y Maura preconizaba desde bastantes años antes «la revolución desde arriba».

Indalecio Prieto, en enero de 1962, en un artículo titulado «¿Ha llegado el momento? - La revolución desde arriba» (6), escribía:

«Ahora se predica la revolución desde arriba en todo el mundo occidental, por el mismo motivo que, ahogado en pro de lo que bosquejó, hubo de aducir Maura hace justamente sesenta años: temores de que un formidable trastorno la realice desde abajo. A partir de entonces han ocurrido varios trastornos cuya consecuencia es la implantación de regímenes comunistas en gran parte del mundo...» ...«El miedo al comunismo engendra las predicaciones actuales. Están sugeridas desde el Vaticano. No hay asamblea mariana ni josefina en la que, dándose de lado a los temas espirituales para lo que parecen exclusivamente convocadas, no surja como principal el de la revolución desde arriba, aunque para anunciarlo no se recurra a estas palabras. La revolución que se preconiza es, como cumple al tiempo presente, mucho más profunda que la esbozada por Maura. Asombra oír en esas asambleas y en otras tampoco genuinamente obreras duras pala-

bras condenando la desigual distribución de riquezas y exigiendo al respecto un trato más justo».

Termina Prieto su discurso «Pregunta contestada» dentro del artículo o trabajo comentado:

«Comencé estos renglones formulando una interrogación. ¿Ha llegado el momento de la revolución desde arriba? Claro que ha llegado. Cuiden quienes vigilan el reloj en que no se les pase la hora».

Ha llovido mucho desde 1902 a 1962 y desde 1962 a 1981. Máxime si tomamos como ejemplo España.

La antorcha política de Prieto ha corrido por la Europa de Occidente y es el testigo que corre hoy por la Europa Comunitaria. ¿Cogeremos nosotros la antorcha? ¿Nos llegará? Todo dependerá de que se gobierne en democracia, de verdad, y de que nadie interrumpa lo que es ley de la historia. El cataclismo que corrió España no puede volver a repetirse. Hay que tener el pulso seguro y gobernar con la inteligencia y con el corazón. La fuerza no es razón de gobierno ni de orden.

EL BALDIO DE LA GUERRA

La guerra «incivil» de España no la querían las izquierdas españolas: ni sus formaciones parlamentarias, ni las extraparlamentarias. Prueba de ello fue el discurso del líder socialista Indalecio Prieto en Cuenca el 1 de mayo de 1936. Este, que sabía que se venía hablando de la candidatura del general Franco para diputado a Cortes en una segunda vuelta por Cuenca, apuntó con tacto:

«Ha desaparecido de la candidatura de Cuenca el nombre del general Franco. Yo me felicito sinceramente de tal desaparición. He leído en la prensa manifestaciones de este general, según las cuales su nombre se in-

(6) Artículo incluido en *Convulsiones de España III*. Ediciones «Oasis». México, 1969.

cluyóen la candidatura por Cuenca contra su voluntad, sin su autorización. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de estas manifestaciones, aunque he de decir también, no pudiendo recatar la sinceridad mía, que hubiese preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la Junta Provincial del Censo, que le eliminó de la candidatura».

Prieto matizó, sin embargo:

«Ahora bien, no podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno —y no lo podemos negar porque al negarlo, sobre incurrir en falsedad, concluiríamos por patentizar que no nos manifestábamos honradamente—, que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen elementos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa esperanza para un futuro próximo. El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en un momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades —todas las que se derivan de su prestigio personal— un movimiento de esta guerra».

El discurso de Cuenca lo pronunció Prieto bajo la preocupación del inmediato estallido de un movimiento militar - fascista que él venía anunciando sin que se le escuchara. Y no fue éste su único aldabonazo. Por eso al producirse pudo decir:

«La circunstancia de no haberse oído mis consejos no me liberara de la obligación de ocupar mi puesto cuando la lucha sobrevino. Y lo ocupé sin vacilaciones ni remordimientos. Fui de los que contribuyeron a implantar la República y acudí a defenderla. Otra cosa hubiese sido una villana cobardía que jamás me hubiera perdonado porque habría equivocado a renegar no sólo de mi significación política, sino incluso de mi españolismo enraizado en mi alma como quien más profundamente lo tenga en la suya» (7).

Prieto supo estar en la guerra y ocupó el cargo de ministro del Aire y Marina en el Gobierno de Largo Caballero, y después de

(7) Fragmento de un prólogo: «Discurso de Cuenca - La de Moya», incluido en el libro *De mi vida*, 26 de junio de 1952. Ediciones «El Sitio». México, 1965.



Indalecio Prieto en compañía de dos aviadores republicanos, durante la guerra civil.

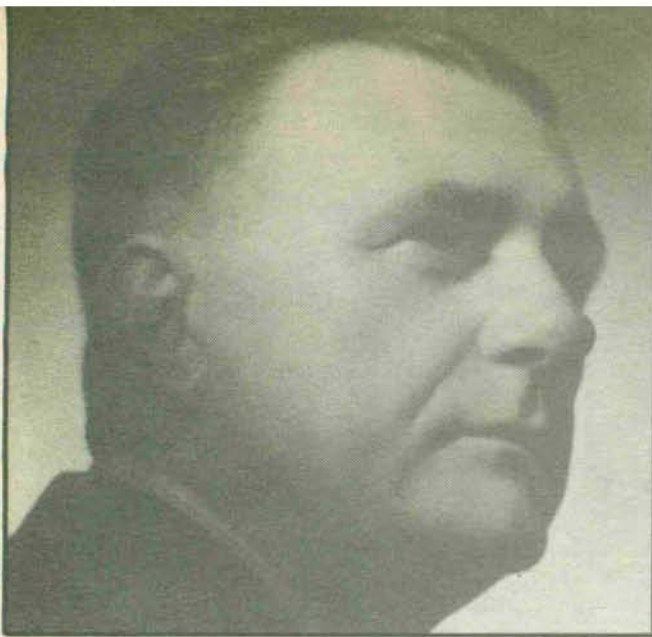
Defensa con Juan Negrín, demostrando nuevamente sus grandes dotes de organizador en ambos cometidos. Nunca ocultó, no obstante, su creencia de que la guerra sería difícil e imposible de ganar. «Su idea —dice Ramón Tamames— fue que sólo un conflicto internacional en gran escala podría salvar la República española» (8).

Cuando el bombardeo de Almería el 31 de mayo de 1937 por el crucero «Almirante Scheer» y cuatro destructores alemanes, Indalecio Prieto propuso buscar a la flota germana en el puerto donde estuviera refugiada, ya fuese Palma de Mallorca, Pollensa, Ceuta, Cádiz o Málaga y bombardearla. El Gobierno republicano se opuso... El mismo Prieto dijo: «Era la proposición de un pesimista, de quien no veía posibilidad de ganar militarmente la guerra...» Quería el enfrentamiento directo con Alemania. ¿Pensaba, quizá, el líder socialista en la respuesta del mundo? (9).

La guerra la perdió la República (leamos España) por estas y otras indecisiones. Sacrificándonos no se evitó la segunda guerra mundial. De haberse adelantado otro hubiera sido nuestro sino. España fue un campo de batalla de ensayos bélicos y persecuciones monstruosas. Hitler probó aquí sus armas y sus procedimientos de terror.

(8) «La República —La Era de Franco» (1931-1970) Ramón Tamames. *Historia de España Alfaguara VII*.

(9) «El bombardeo de Almería por la escuadra alemana». José Miguel Naveros. *TIEMPO DE HISTORIA*, Núm. 31, junio 1977.



Manuel Aznar y Zubigaray (1894-1975).

PRIETO, PERIODISTA Y ESCRITOR TESTIMONIAL

Hemos dicho que Indalecio Prieto y Tuero era taquígrafo de «La Voz de Vizcaya» a la entrada del siglo XX. Después, al crearse «El Liberal», de Bilbao, por don Miguel Moya, que extendía así su periódico «El Liberal», de Madrid, por distintas provincias, Prieto ocupó un puesto en la redacción de «El Liberal» bilbaíno. Está en marcha su vida periodística en aquella cadena de «El Liberal», todavía fiel al programa que le trazó **Fernanflor**, uno de sus principales fundadores: «Nos pertenecemos; somos nosotros mismos. Ningún hombre de Estado, ninguna agrupación política está sobre nosotros...» (10). O sea: Prieto iba a hacerse al mismo tiempo periodista y tribuno, porque ambas actividades enlazó en pocos años. Nosotros dejamos ahora al Prieto periodista y escogemos el Prieto escritor testimonial, el historiador en artículos y ensayos que fue publicando durante su exilio. Ricardo de la Cierva, que no acumula muchos aciertos históricos, la verdad sea dicha, sí supo encontrar en Indalecio Prieto los ingredientes necesarios para hacer de él un exacto como reconocido elogio:

«Si en España existiese algo parecido a los premios Pulitzer (que no existe: casi todos los premios periodísticos son tan amañosos y tan remejidos, que diría Unamuno, como casi todos los premios literarios), Indalecio Prieto y Tuero sería, para este modesto historiador, el candidato al primero de esos premios, con carácter retrospectivo. Pasaba don Indalecio, con razón en vida, por ser el hom-

(10) Palabras del propio Prieto en su artículo «La carcajada de Moya», incluido en el libro *De mi vida*, 26 de junio de 1952. Ediciones «El Sitio». México, 1965.

bre mejor informado de España. En esta recopilación —se refiere a «Convulsiones de España»— se muestra ante quienes no tuvimos ocasión de leer en vivo sus trabajos como uno de los grandes periodistas españoles de todos los tiempos. Por su intención, por su lenguaje de acero y de bolillos, por su dardo directo, por su capacidad evocativa y hasta por esa característica tan definidora del gran periodismo español, que se conoce púdicamente como mala idea» (11).

En su artículo titulado «Antropometría política - La ficha de un perillán» (27 de abril de 1955), Prieto desnudaba moralmente a Manuel Aznar. Este artículo circuló por toda España, Madrid y Barcelona principalmente, y tuvo gran repercusión. Hacía Prieto en su trabajo el panegírico de don Miguel Moya, primer presidente de la Asociación de la Prensa, comparando su honestidad y prestigio con el arribismo del nuevo presidente Manuel Aznar.

De la difusión de este artículo se hizo eco el propio Indalecio Prieto, que en un trabajo titulado «El cuaderno de un ex presidiario» (18 de enero de 1956), dice:

«...Antropometría política - La ficha de un perillán» originó un curioso incidente. Fiché a Manuel Aznar con ocasión de habersele elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, y la ficha interesó al Ministerio de Información y Propaganda, hasta el punto que Arias Salgado, el ministro, enviósele al Caudillo, quien de ese modo pudo reír por dentro oyendo el ditirámico discurso que Aznar le espetara cuando fue a presentarse al frente de la cuadrilla directiva de dicha Asociación... «Enterado el perillán de la jugarreta, escribió al ministro una carta que echaba lumbre, replicó Arias Salgado con palabras no menos candentes y el combate epistolar, al trascender, hizo que la biografía fuese buscadísima, yendo de mano en mano por Madrid y que la gente se divirtiese con los azorosos amoríos de Manuel Aznar y la baronesa de Alcahalí. En fin, pequeños éxitos que no me vienen mal entre tantos y tan grandes fracasos» (12).

Imagine el lector el interés de estos artículos de Prieto. A todos les daba vida y eran testimonio de hechos históricos de la contienda y de la vida española. Al recogerlos después de su muerte, ocurrida el domingo 11 de febrero de 1962, se ha hecho un gran bien, ya que las

(11) «Sesenta años de testimonio». De la Cierva. «El Alcázar», 7 de marzo 1970.

(12) Este trabajo figura «A guisa de prólogo» en el tomo I de *Convulsiones de España*, donde se incluye el artículo citado: págs. 327-332.

juventudes españolas conocerán por ellos tantas y tantas verdades que se ocultaron durante cuarenta años. Prieto ha sido un testigo de mayor excepción y su óptica se extendió a todos los horizontes. Era el hombre veraz, por otra parte, que nunca oculta la verdad. Trata siempre de penetrar en ella y ofrecerla con claridad, adornándola además de una finísima ironía. Por ejemplo, cuando habla de su muerte, transmitida por la BBC de Londres en julio de 1961, y que él mismo desmintió, o se refiere al hecho de romper su partida de bautismo:

«Apenas los falangistas hicieron dueños de Oviedo, mi ciudad natal, realizaron la siguiente hazaña que proclamaron gozosos. Repasando en la Iglesia de San Isidoro el libro parroquial de 1883 dieron con mi partida de bautismo y, arrancándola, la hicieron pedazos. Me rompieron, pues, el bautismo. (Nunca se habrá dicho esto con mayor exactitud.) A fin de completar mi aniquilamiento, hicieron lo propio en el Registro Civil con la inscripción de mi nacimiento. Consiguientemente, no existo ni he existido nunca, al menos cristiana y civilmente. Pertenezco a la nada, a lo increado».

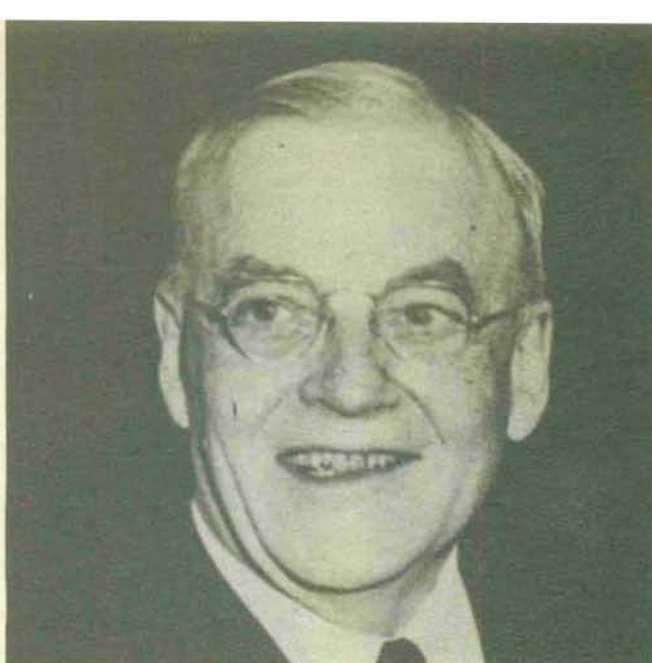
Dos horas antes de su fallecimiento había escrito Indalecio Prieto (el que no había pasado por este mundo de los vivos) un artículo para la revista mexicana «Siempre», de la que fue asiduo colaborador. Se titulaba «El hierro y sus excelencias», que se publicó el 28 de febrero. Era un trabajo emotivo y trataba de un libro de don Modesto Bargalló, profesor en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional de México. Libro titulado «La naturaleza de los metales y el beneficio del hierro en los alquimistas y metalúrgicos del siglo XVI», que le recordaba «las ferreterías de ayer y los altos hornos de hoy» y «las entrañas de los montes vizcaínos». Prieto introducía en el texto de su artículo como un recuerdo que le viniera de lo hondo de su corazón, la estrofa inicial de «Vizcaya»:

*«Cantábricas montañas
con nubes en las cimas,
con hierro en las entrañas
y al pie, rugiente, el mar».*

Algo más que una coincidencia; el recuerdo íntimo de un adiós que perforaba el papel.

PRIETO EN ABIERTA LUCHA DESDE EL EXILIO

Nadie igualó a Indalecio Prieto en su lucha política desde el exilio contra el régimen del



John Foster Dulles (1888-1959), secretario de Estado norteamericano, durante la Administración Eisenhower.

general Franco. Fue incansable en esta labor y apeló a todos los medios por dar la batalla al franquismo. Hizo todo lo posible dentro de una actitud realista. «Ahora bien —como afirma el historiador Max Gallo—, el Gobierno franquista domina España, asegura el orden y sobre todo multiplica sus aperturas en dirección a Washington» (13). Cuando Mr. Kennedy sube al poder, es investido presidente de los Estados Unidos, Prieto lleva tiempo luchando por todas las cancillerías. Se había entrevistado con Bevin en el Foreign Office, acompañado de Luis Araquistáin, en septiembre de 1947, y de cuya entrevista hizo una crónica leída ante los micrófonos de la BBC de Londres; dirige un mensaje al Papa; escribe a Eisenhower («En sobre abierto - Carta de un ex ciudadano español»); apela más tarde a Kennedy, también por carta, 14 de diciembre de 1960, poco antes de ser investido presidente de los Estados Unidos. Carta que publica con el título «Con prosa amarga - Carta de un español» (14). Dice:

«Mr. Foster Dulles, inspirador de la política internacional de Eisenhower —mientras éste lo tuvo, porque luego de morir aquel fanático mantúvose a la deriva—, dijo, con cinismo aterrador, aunque saturado de verdad, que los Estados Unidos no tienen amigos sino intereses. Con arreglo a tal norma, consumaron el sacrificio de los españoles amigos, a cambio de crear nuevos intereses: las bases militares... «Yo, señor Kennedy, si pongo alguna fe en usted no es a cuenta de su filiación política, sino de su juventud. En vuestra contienda electoral no encontré dife-

(13) Historia de la España franquista. Ruedo Ibérico. París, 1969.

(14) Convulsiones de España II.



Joaquín Costa (1844-1911).

rencias ideológicas entre los contendientes. Acaso haya varias en orden a política interior; en cuanto a política exterior, ninguna». Prieto escribe esto cuando ya tenía dicho con amargura:

«Como socialista español, creí en la solidaridad socialista internacional y ya no creo, desde que nos la han negado desde Francia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega; como socialista español, creí en el internacionalismo de los partidos hermanos y ya no creo, al ver la obstinada perseverancia con que el laborismo británico boicotea cualesquiera intentos para federar Europa e incluso para constituir la II Internacional...»
...«Algunos asambleístas de la ONU han pedido a los españoles, impotentes por el terror, que se las arreglen ellos solos para librarse de la tiranía. Tales recomendantes quizás desconozcan esta observación histórica de Seyés: "El vivir, sea como fuere, era el supremo ideal de todas las gentes que atravesaron el terror"» (15).

Amarga es la actitud de Prieto entonces, pero recobra fuerzas en sí mismo, tan delicado de salud como estaba, y vuelve a la carga con nuevos ímpetus. Peleó por España con la pluma en la mano (sí, con la pluma en la mano, porque nunca quiso manejar la máquina de escribir), como ningún otro español.

«ESBOZO DE UN PROGRAMA DE SOCIALIZACIÓN EN ESPAÑA»

Con este título pronunció una extensa conferencia en México, el 1 de mayo de 1946, Inda-

(15) «Soliloquio en el Océano - Humildad y altivez» (30 noviembre 1950).

lecio Prieto, y el primer punto a tratar fue el de «Socialismo y libertad». Prieto advierte: «Hace dieciséis años, a contar de 1930, que los socialistas españoles no nos pertenecemos, porque, desde entonces, todos nuestros esfuerzos y todas nuestras energías estuvieron consagradas a la República, primero conspirando para instaurarla, después participando en el Gobierno y en las Cortes Constituyentes para encauzarla, más tarde defendiéndola con las armas en la mano y posteriormente en prisiones y en la expatriación, encadenando ininterrumpidamente los esfuerzos para restaurarla». Exactamente cierto.

El socialismo se había entregado a la República y por ella se debatía más que por las ideas socialistas. Esto fue una visión patriótica que no se le reconoció nunca al PSOE. Prieto lo recuerda y con su carga de españolismo auestas, dice altamente satisfecho:

«En los siglos XVIII y XIX tuvimos magnífica pléyade de agraristas, entre quienes se pueden citar con preferencia Jovellanos y a los condes de Campomanes, de Florida Blanca y de Aranda, y al frente de ellos, desde luego, dos hombres que deben estar constantemente en nuestra memoria: Alvaro Flórez Estrada y Joaquín Costa. Permitidme que intercale aquí, aunque con brevedad, rasgos de estas dos vidas fecundas... «La de Alvaro Flórez Estrada duró ochenta y cuatro años. Nacido en 1769, falleció en 1853. En 1814 abogó valientemente por la emancipación de las colonias españolas de América. En 1828 publicó en Londres —también conoció el dolor de la expatriación forzosa— su monumental «Curso de Economía Política», del que se hizo segunda edición en París en 1831 y tercera en Madrid en 1834. ...«Con su "Curso de Economía Política", Flórez Estrada se adelantó en cincuenta años a "Progreso y miseria", del norteamericano Henry George, el libro más difundido en el mundo, después de la Biblia». ...«Joaquín Costa ha señalado muchas coincidencias entre ambos famosos libros. Juzgando las teorías del eximio asturiano, manifestó el insigne aragonés». Comparada con ella la de George, diríase que el libro de éste («Progreso y miseria») no es más que una brillante amplificación de la doctrina de aquél». ...«En 1839 publicó Flórez Estrada su folleto "La cuestión social", defendiendo la nacionalización de la tierra. También en esto se adelantó varios lustros a Henry George».

Entrando en materia, Indalecio Prieto estudia la configuración del Estado y defiende la

«libertad municipal» enraizada en la tradición española, y cita de Costa:

«Mirada España a vista de pájaro, sobre un mapa, con sus infinitos municipios y aldeas, y más aún, mirando un municipio sobre una proyección gráfica, con las manzanas del casco y los barrios y caseríos del suburbio, parecen un tablero de ajedrez; pero no considerando que ese tablero tiene un alma y que en esa alma obran energías potentísimas que no dimanan del Estado, sino que tienen su frente en ella misma, y que esas energías obedecen a leyes objetivas que no dependen de la voluntad» (16).

Prieto afirma en su estudio que éstos «no son, pues, caminos de utopías los que elegimos. Trazáronlos y siguiéronlos nuestros antepasados».

Se ha detenido antes el líder y consecuente socialista en señalar las «Facultades del Estado»:

«Las funciones otorgadas a los municipios no han de anular al Estado. Este subsiste como elemento coordinador, quedándole muchas y muy importantes misiones». ... «En los tiempos modernos se acumulan sobre el Estado tal número de obligaciones que físicamente carece de fuerzas para desempeñarlas. Esa acumulación exige ciertas desintegraciones, de modo que parte de las facultades que el Estado absorbe, sin poder desempeñarlas perfectamente, pasen a los municipios. Pero el Estado no queda sin misión...».

La «declaración de principios» de Indalecio Prieto para un programa de socialización de España es, de verdad, una meditación muy estimable. Estimabilísima. Estas ideas ni con el pasar de los años se han quedado atrásadas. Y menos cuando vemos gobernar con titubeos, y aún no hemos salido de un túnel de cuarenta años de historia.

La política impone una base de sustentación para edificar un programa, una teoría. La política que se pierde en la sola administración, o ni siquiera alcanza a ésta, es una porfía por el poder de los cargos sin interés nacional verdadero para un país y pueblo.

El esbozo de programa de Indalecio Prieto se vierte el 1 de mayo de 1946, cuando el 4 de abril se ha hecho la declaración de París - Londres - Washington condenando a Franco. Prieto siente una esperanza tras los dieciséis

(16) Del prólogo que en 1885 puso Joaquín Costa al folleto titulado «Materiales para el estudio del derecho municipal consuetudinario», del que eran autores el propio Costa, don Manuel Pedregal, don Juan Serrano y don Gervasio González de Linares.



Indalecio Prieto Tuero (1883-1962).

años de lucha socialista por la República. Le oiremos:

«...Claro que en el programa del Partido Socialista hay puntos que por fundamentales, resultan inconvencibles y nadie, dentro de nuestras filas, pretende modificarlos, porque son pilares de nuestro ideario; pero conviene que meditemos ya sobre el particular. Yo os voy a ofrecer el fruto de mis meditaciones para que las contrastéis con las vuestras y para que, cuando tengamos ocasión, examinemos unas y otras, estableciendo acerca de ellas controversia a fin de ir creando, aunque sea desde aquí, desde el destierro y a tanta distancia, conciencia de nuestros deberes». ... «Para esto yo parto, como seguramente partiréis todos, de que es imperioso hacer compatible el socialismo y la libertad. Esa fue siempre, además de mi deseo, mi preocupación».

Lejos quedaban las esperanzas... ¿Quién duda que la moral pesa poco en las decisiones políticas, y menos en el orden internacional? Washington venció por segunda vez a España. Siguió a Hitler al segar sus libertades. Indalecio Prieto murió rumiando esta amargura. El había recordado los versos de García Lorca puestos en los labios de Mariana de Pineda:

*«Libertad de lo alto, libertad verdadera,
enciende para mí las estrellas distantes...»*

El no ver la libertad de España fue su gran dolor. Y el corazón se lo atravesó varias veces. Pero por verla, pese a todo, vivió lo que vivió resistiendo años, meses y días a la muerte. Una muerte que le era vecina desde tiempos muy atrás. ■ J. M. N.